

el corazón está lleno de amor verdadero, sabe ver en toda criatura el vehículo de su amor. Un corazón enamorado sabe apreciar todo aquello que Dios ha creado, pero sabe también apartarse cuando pone en peligro su verdadero tesoro. Un cristiano que tiende hacia la santidad, donde quiera que sea, “es capaz de admirar todas las bellezas y maravillas de la tierra, de apreciar toda la riqueza y toda la bondad, de amar con toda la entereza y toda la pureza para las que está hecho el corazón humano” (ECP, 138).

Y esto se aplica no sólo al círculo de las relaciones habituales, sino también respecto al bien social: “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo” (ECP, 167). Un corazón que sabe amar no tiene nunca un horizonte pequeño, sino universal.

5. En el corazón de María

La Virgen María tenía siempre su corazón totalmente abierto a Jesús. Y, puesto que el verdadero amor ama los amores de la persona amada, María, dirigiendo en su propio corazón todo el amor hacia Jesús, mantenía –y mantiene– los lazos de amor que Jesús establece con cada uno de nosotros. Por esto aceptó la Cruz, puerta del amor de Jesús por cada persona humana, y por eso ha llegado a ser Madre nuestra. Innumerables son las expresiones llenas de ternura con las que el fundador del Opus Dei se dirigía a la Virgen; citemos una en la que se nos muestra como maestra de amor: “La Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, aquietará tu corazón, cuando te haga sentir que es de carne, si acudes a Ella con confianza” (C, 504).

Voces relacionadas: Amistad; Amor a Dios; Carácter, Formación del; Caridad; Castidad; Celibato; Desprendimiento; Fraternidad; Lucha ascética.

Bibliografía: C, 146-171; ECP, 162-170; Ugo BORGHELLO, *Liberare l'amore*, Milano, Ares, 2000; LOUIS COGNET, “Cor et cordis affectus”, en DSp, II-2, 1953, cols. 2278-2307; Dietrich von HILDEBRAND, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, Madrid, Palabra, 1997.

Ugo BORGHELLO

COSAS PEQUEÑAS

1. Noción. 2. Ámbito de las cosas pequeñas. 3. Relación con el mensaje fundacional. 4. Fundamento teológico.

La vida cotidiana de todas las personas se compone de hechos, circunstancias, acciones, relaciones habituales, costumbres, en su mayoría aparentemente sin relieve, de modo que por su carácter repetitivo pueden ser vividos de modo rutinario y superficial. Pero la mirada atenta, unida a una motivación noble, descubre allí modos de servir y de hacer la vida más humana. Es el valor antropológico de lo pequeño, que requiere el giro del interés propio hacia el bien de los otros y se experimenta como un vencimiento gratificante. El cristiano, y así lo enseñó san Josemaría, por la fe y con la ayuda de la gracia, puede encontrar en ese entramado constantes ocasiones de amar a Dios y al prójimo.

1. Noción

La espiritualidad cristiana, ya desde los tiempos apostólicos, considera esa posibilidad como una dimensión ordinaria de la vida de la gracia, aunque rara vez se detiene a comentarla con detalle. Algunos autores clásicos han destacado, con diferentes enfoques, la importancia de las cosas pequeñas para avanzar en la práctica de virtudes y crecer en amor de Dios, como es el caso del jesuita Alonso Rodríguez (1538-1616) con su obra de amplia difusión *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, y el de la carmelita santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897), que en los manuscritos

que compuso presenta las cosas pequeñas como expresión propia y adecuada de su camino de infancia espiritual.

Esta propuesta y otras análogas tienen de ordinario su origen y ámbito en la vida religiosa, dejando a cada lector la aplicación a sus personales circunstancias en el mundo (ILLANES, 2003, p. 126). San Josemaría –que conocía estos escritos– entiende las cosas pequeñas en una perspectiva nueva, como parte integrante de la santificación en la vida ordinaria en medio del mundo, a la que están llamados la inmensa mayoría de los cristianos, y como algo característico de la espiritualidad laical (ILLANES, 2003, pp. 127-130). La fuente más certera para conocer el origen y contenido de las cosas pequeñas en sus escritos es el correspondiente capítulo de *Camino*, “Cosas pequeñas”. Este capítulo procede de la época redaccional de Burgos (1938) y no existía en su antecedente *Consideraciones espirituales* (Cuenca, 1934), aunque algunos puntos de esta obra (dos de “Caridad” y cinco de “Infancia espiritual”) pasaron a este nuevo capítulo junto con otros once puntos de distinta procedencia. Pedro Rodríguez, basándose en la intención y en el orden temático de *Camino*, ve en esta nueva disposición el deseo del autor de ampliar el enfoque de las cosas pequeñas: no son en primer lugar expresión de la infancia espiritual, sino del amor a Dios y al prójimo en la santificación de la vida ordinaria del cristiano. Aunque personalmente el fundador del Opus Dei seguía un verdadero “camino de infancia” y lo recomendaba (cfr. AVP, I, p. 404), veía con claridad que esto era un don particular (cfr. C, 852), mientras que la santificación de la vida cotidiana es llamada divina para todos los cristianos (cfr. CECH, p. 911).

La posición del capítulo en el conjunto de la obra, entre “Proselitismo” y “Táctica”, advierte Pedro Rodríguez, “parece algo muy meditado”, porque cuidar las cosas pequeñas en el trabajo y en la vida espiritual es el presupuesto de toda

acción apostólica –así se evita la tentación de limitar la santificación a situaciones extraordinarias–, y subraya que “la relación personal del cristiano con Dios ha de ser un flujo incesante, como las pequeñas realidades de cada día: un flujo de Amor y de oración” (CECH, p. 912). Estos tres temas enlazados entre sí –proselitismo, cosas pequeñas y táctica– conducen a los dos capítulos sobre infancia espiritual, un estilo de vida cristiana con raigambre evangélica (cfr. Mt 18, 3 ss.), que implica y realza el valor de lo pequeño dándole un brillo especial, sin que nadie esté obligado a seguir este camino.

2. Ámbito de las cosas pequeñas

Un bosquejo temático en los escritos de san Josemaría nos permitirá ver el alcance de las cosas pequeñas, tanto en profundidad como en extensión. La clave de su valor se encuentra en el primer punto del capítulo correspondiente de *Camino*: “Hacedlo todo por Amor. –Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. –La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo” (C, 813), y en concreto: “Un pequeño acto, hecho por Amor, ¡cuánto vale!” (C, 814); la mayúscula indica que es Dios quien es amado mediante esos actos, en apariencia insignificantes. Si el amor humano se expresa en los detalles, en “pequeñeces”, lo mismo el Amor divino (cfr. C, 824). “El secreto para dar relieve a lo más humilde, aun a lo más humillante, es amar” (C, 418). Lo pequeño se agranda por el Amor y éste, si es real, se expresa en los detalles. Debido a esta relación recíproca entre el Amor y las cosas pequeñas, se agudiza la mirada para descubrir nuevas ocasiones similares de amar. El fundador del Opus Dei lo proclamó en la homilía de la Misa celebrada en el Campus de la Universidad de Navarra, el 8 de octubre de 1967: “Sabadlo bien: hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (CONV, 114). “Os aseguro, hijos

míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios” (CONV, 116). Para dar fuerza a su mensaje, san Josemaría utilizaba a veces la paradoja: “intrascendente” - “trascendente”, “deberes pequeños” - “santidad grande” (cfr. C, 817), no “poder vencer” en lo grande por no “querer vencer” en lo pequeño (cfr. C, 828). Al enseñar el valor de los detalles pequeños, siempre hacía referencia al Amor de Dios, y por eso mismo rechazaba lo cuadrículado o maniático. Estaba convencido de que el Amor a Dios en esos detalles evitaba el perfeccionismo que, al nutrirse de intereses egoístas, empequeñece y enrarece a las personas a la vez que dificulta las relaciones con los demás.

El ámbito de las cosas pequeñas es tan extenso como la vida misma. Consiste ante todo en cumplir el pequeño deber de cada momento, más en concreto “haz lo que debes y está en lo que haces” (C, 815), que es al mismo tiempo “oración cuajada en obras” y fundamento para la gracia del apostolado (cfr. C, 825). De portarse en cada momento como Dios quiere “dependen muchas cosas grandes” (C, 755), pero para asegurarlo hay que preguntarse con frecuencia si realmente se está actuando así (cfr. C, 772). El segundo momento de la frase citada –“está en lo que haces”– implica realizar nuestras actividades –particularmente el trabajo profesional– con perfección humana, perseverando en el amor hasta “poner la última piedra”, como lo expresa san Josemaría (cfr. AD, 55). En la homilía de Pamplona se detiene con particular interés en el matrimonio y la familia, “un camino divino, vocacional, maravilloso”, donde es imprescindible cultivar este estilo cristiano: “Realizad las cosas con perfección, os he recordado, poned amor en las pequeñas actividades de la jornada, descubrid –insisto– ese *algo divino* que en los detalles se encierra: toda esta doctrina encuentra especial lugar en el espacio vital, en el que se encuadra el amor

humano” (CONV, 121). Una década antes, había puesto a la Virgen María como ejemplo en el cuidado del hogar familiar: “María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!” (ECP, 148).

El crecimiento en virtudes también es fruto de cosas pequeñas y, en general, el mismo fortalecimiento de la voluntad (cfr. C, 19). La vida de piedad se desarrolla a base de muchos detalles, que nunca se convierten en rutina si se alimentan de la filiación divina (cfr. AD, 146, 149) y, especialmente, si son expresión de infancia espiritual (cfr. C, 876, 878, 891). En la liturgia, el cuidado de los detalles es prueba de interés y amor (cfr. F, 833). La sobriedad (cfr. C, 681) y el desprendimiento (cfr. AD, 119), como aspectos de la templanza, se pueden vivir en cosas pequeñas y nada llamativas, igual que sucede con la obediencia (cfr. C, 614, 618). La penitencia, imprescindible en la vida cristiana, se puede ejercitar en muchos detalles que pasan inadvertidos a los demás, pero contribuyen a mejorar las relaciones humanas (cfr. AD, 138-139). Existe también el “apostolado de las cosas pequeñas”: “El deber de la fraternidad, con todas las almas, hará que ejercites el «apostolado de las cosas pequeñas», sin que lo noten: con afán de servicio, de modo que el camino se les muestre amable” (C, 737).

El fundador del Opus Dei ilustra el valor de las cosas pequeñas con numerosos ejemplos tomados de la literatura, el arte, la naturaleza, la técnica, la industria, el deporte. Así, mediante la referencia al personaje de Tartarín de Tarascón denuncia las inútiles hazañas imaginarias (cfr. AD, 8), el mito del rey Midas le sirve para destacar el valor de lo pequeño (cfr. AD, 308), unos versos de Antonio Machado le sugieren la

perfección en las tareas (cfr. CONV, 116), propone “hacer endecasílabos de la prosa de cada día” (CONV, 116) y se fija en los relatos de gestas que recogen, junto con aventuras gigantescas, “detalles caseros del héroe” (C, 826). La filigrana gótica en la crestería de la catedral de Burgos, que no se puede ver desde la calle, le parece un paradigma de trabajo hecho con perfección y de cara a Dios (cfr. AD, 65). Un edificio enorme se construye a fuerza de ladrillos, sacos de cemento, barras de hierro y horas de trabajo (cfr. C, 823) y un tapiz se teje a base de numerosas tramas de hilo (cfr. C, 826). Un pequeño tornillo que no apriete bien o se salga de su sitio puede inutilizar toda la maquinaria (cfr. C, 830). Las pequeñas ocasiones de penitencia son comparables a recoger flores sencillas para formar un ramillete que se entrega a Dios al final del día (cfr. C, 408). Para no prejuzgar “la pequeñez de los comienzos”, sirve el ejemplo de las semillas: “no se distinguen por el tamaño las simientes que darán hierbas anuales de las que van a producir árboles centenarios” (C, 820). Y, finalmente, para “vencer en la Olimpiada sobrenatural” hace falta un entrenamiento concreto y diario (C, 822).

3. Relación con el mensaje fundacional

La doctrina de san Josemaría sobre las cosas pequeñas está presente desde los inicios de su actividad fundacional y en sus anotaciones personales de esa época, como se desprende del estudio crítico-histórico de *Camino* (cfr. CECH, pp. 883-895). Su enseñanza oral y escrita refleja continuamente la importancia de las cosas pequeñas, y a esa repetición intencionada se refería en la mencionada homilía de 1967 (cfr. CONV, 116). Era una convicción arraigada en su propia vida, que transmitía incansablemente a los miembros de la Obra, tomando ocasión de incidencias corrientes y señalando siempre como motivo el amor a Dios (cfr. AVP, III, pp. 397, 420, 424). Como ya se ha expuesto, las cosas

pequeñas tienen su lugar propio en el entramado de la vida ordinaria del cristiano en el mundo, especialmente en el trabajo profesional, que para san Josemaría es “una realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora” (ECP, 47).

La práctica de las cosas pequeñas guarda una relación vital con un rasgo característico del espíritu fundacional, que es la unidad de vida: “Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser en el alma y en el cuerpo santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales” (CONV, 114). En efecto, la presencia de Dios propia de la unidad de vida hace descubrir en las circunstancias corrientes los más diversos modos de amar a Dios, y así se fortalece a su vez la unidad de vida.

4. Fundamento teológico

San Josemaría se dedicó plenamente a llevar a cabo el encargo recibido de Dios el 2 de octubre de 1928: difundir por todo el mundo y con carácter permanente la santidad en y mediante la vida ordinaria. Esto implicaba, sobre todo, una dedicación incansable a la tarea de formación y de gobierno del Opus Dei. La luz fundacional, convertida en mensaje de alcance universal, ha dado lugar a una espiritualidad laical dotada de un “dinamismo teológico”,

que Antonio Aranda explica así: “En ninguna de las obras que conocemos de su Autor se pretende teologizar, aunque, sin embargo, es patente que están en ellas los elementos configuradores de la reflexión teológica, es decir el estudio y la meditación de la Sagrada Escritura en consonancia con el sentir de la Tradición, y una firme adhesión a la doctrina magisterial, en una atmósfera esencialmente teologal donde la fuerza de la fe permite descubrir constantemente nuevos aspectos de los misterios revelados” (ARANDA, 2000, p. 68). Estos elementos relucen también en la enseñanza de san Josemaría sobre las cosas pequeñas, aunque aquí sólo es posible esbozarlos.

En efecto, la luz fundacional, siempre presente en su vida, le hacía descubrir en la Sagrada Escritura nuevas “luces” para hacer el Opus Dei. Esto afecta también a las cosas pequeñas en cuanto parte integrante del mensaje. En el Antiguo Testamento leía la importancia de acabar bien las tareas: “Más vale el final de una obra que su principio” (Qo 7, 8 [9]: AD, 55). En las palabras “No presentaréis nada defectuoso, pues no sería digno de Él” (Lv 22, 20) ve un acicate para trabajar con perfección (cfr. AD, 55). Más numerosas son las referencias al Nuevo Testamento, sobre todo al Evangelio. En la escena de Jesús resucitado que se presenta ante los Apóstoles en su realidad humana y divina, mostrando sus manos y sus pies (cfr. Lc 24, 39), ve una llamada al realismo cristiano, para atenernos sobriamente “a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor” (CONV, 116). Sobre la exclamación de la gente, “*Bene omnia fecit*” (Mc 7, 37), comenta que Jesús, perfecto Dios y hombre perfecto, “todo lo ha hecho admirablemente bien: los grandes prodigios, y las cosas menudas, cotidianas, que a nadie deslumbraron” (AD, 56). La pequeña moneda de la viuda (cfr. Mc 12, 41-44) alegra al Señor por la intención que implica (cfr. C, 829). La generosidad que la mujer pecadora muestra con Jesús en el

convite del fariseo (cfr. Lc 7, 44-47) mueve a san Josemaría a destacar los detalles de hospitalidad y delicadeza humana que el Señor echaba en falta en la conducta del anfitrión (cfr. AD, 73, 122). Una referencia frecuente es la alabanza del siervo bueno y fiel (cfr. Mt 25, 21; Lc 16, 10) para destacar la importancia de ser fieles en lo pequeño (cfr. AD, 62 y 221; C, 819 S, 507). La parábola de las vírgenes necias y las prudentes (cfr. Mt 25, 6-12) es también una llamada a estar en los detalles, que son “el aceite” (AD, 40-41). En la multiplicación de los panes (cfr. Jn 6, 12-13) advierte que Jesús hizo recoger los trozos sobrantes para que no se perdiesen (cfr. AD, 121). A propósito de las bodas de Caná (cfr. Jn 2, 1-11), destaca cómo la Virgen María está pendiente de los detalles de servicio (cfr. S, 63).

Es conocido el amplio uso de la patristica en los escritos de san Josemaría. En la homilía *La grandeza de la vida corriente* hay tres referencias en relación con las cosas pequeñas: a san Marcos Eremita, para mostrar que la santidad es tarea paciente y progresiva; a san Jerónimo, para subrayar el realismo de aprovechar las pequeñas ocasiones de amar a Jesucristo; y a Juan Casiano, sobre la importancia de los pequeños descuidos en la vida espiritual (cfr. AD, 7, 8, 15).

La vida y la enseñanza de san Josemaría son profundamente cristocéntricas, como refleja este texto de la homilía *Cristo presente en los cristianos*: “*Instaurare omnia in Christo*, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso (Ef 1, 10); informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor

de toda criatura” (ECP, 105). La percepción extraordinariamente intensa de estas palabras de Jesús (cfr. Jn 12, 32), el 7 de agosto de 1931, fue una nueva faceta decisiva de la luz fundacional (cfr. AVP, I, pp. 380-384), como una llamada del amor redentor de Cristo para identificarse con Él y ponerle en la cumbre de todas las actividades humanas (cfr. ECP, 183). La corriente de Amor que procede de Cristo en la Cruz y se hace presente en el Sacrificio eucarístico es la fuerza que santifica todas las actividades humanas, grandes y pequeñas, cuando es correspondido por el amor de quienes son hijos de Dios en Cristo; este amor filial lleva a imitar a Jesús –especialmente en su vida oculta– hasta ser, con expresión paulina, *alter Christus, ipse Christus*. La base y el impulso de esta imitación transformadora es precisamente la filiación divina, que san Josemaría experimentó como gracia extraordinaria, también en ese mismo año (cfr. AVP, I, p. 388). Por eso no dudó en considerar la filiación divina como fundamento del espíritu del Opus Dei (cfr. ECP, 64). En esta percepción viva del misterio de la Encarnación redentora se encuentra también el arraigo teológico y sentido último de las cosas pequeñas.

Voces relacionadas: Amor a Dios; Infancia espiritual; Presencia de Dios; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: Antonio ARANDA, *“El bullir de la sangre de Cristo”. Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Ernst BURKHARDT - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 465-471; José Luis ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 2003; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993.

Elisabeth REINHARDT

COSTA RICA

1. Inicio de la labor. 2. Algunos datos sobre el desarrollo posterior del apostolado.

Costa Rica es el tercer país de Centroamérica en el que se inició la labor apostólica del Opus Dei, después de Guatemala y El Salvador.

1. Inicio de la labor

En 1957, el arzobispo de San José de Costa Rica, Mons. Rubén Odio, viajó a Guatemala con motivo de un Congreso Eucarístico. El arzobispo de Guatemala, Mons. Rossell, que tenía un gran aprecio a la Obra y había pedido a san Josemaría que llegara el Opus Dei a Guatemala, le llevó al único Centro que había por entonces en Centroamérica y le presentó al sacerdote Antonio Rodríguez Pedrazuela, con quien conversó sobre la Obra y la labor apostólica que ésta realizaba en medio del mundo. Quedó entusiasmado y manifestó su deseo de que el Opus Dei trabajara en su diócesis.

Por entonces Costa Rica era un pequeño país agrícola, con una población de un millón escaso de habitantes. La capital, San José, ciudad rodeada de cafetales y palmeras, tenía una sola universidad, con unos cuatro mil alumnos, que pugnaba por desarrollarse y ser la puerta por la que el país se abriera al mundo y a una mayor participación en el consorcio de naciones.

La expansión a esta nación significaba no poco sacrificio para el Opus Dei, pues había que consolidar la aún reciente labor en Guatemala y en El Salvador y la expansión de la Obra –ya presente en más de veinte países– exigía un notable esfuerzo. El corazón de san Josemaría se dolía al tener que enviar a sus hijos, la mayoría jóvenes, con pocos medios. Muchas veces, sólo llevaban una imagen de la Santísima Virgen y su bendición. Pero el amor de san Josemaría a la Iglesia le movía a corres-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.